

Don Carlos, en España, el pretendiente absoluto, izó una bandera *colorada*. El Reglamento Regio de Génova\*, disponiendo que los senadores lleven toga purpúrea, *colorada*, previene que se practique así particularmente “in esecuzione di giudicato criminale ad effetto di incutere colla grave sua decorosa presenza il terrore e lo spavento nei cativi”.

El verdugo, en todos los estados europeos, vestía de *colorado* hasta el siglo pasado.

Artigas agrega, al pabellón argentino, una faja diagonal *colorada*.<sup>10</sup> Los ejércitos de Rosas vistén de *colorado*.<sup>11</sup>

Su retrato se estampa en una cinta *colorada*.

¿Qué vínculo misterioso liga todos estos hechos? ¿Es casualidad que Argel, Túnez, el Japón, Marruecos, Turquía, Siam, los africanos, los salvajes, los Neronés romanos, los reyes bárbaros, *il terrore e lo spavento*, el verdugo y Rosas, se hallen vestidos con un color proscripto hoy día, por las sociedades cristianas y cultas? ¿No es el *colorado* el símbolo que expresa violencia, sangre y barbarie? Y si no, ¿por qué este antagonismo?

La revolución de la Independencia Argentina se simboliza en dos tiras celestes y una blanca, cual si dijera: ¡justicia, paz, justicia!

¡La reacción acaudillada por Facundo y aprovechada por Rosas, se simboliza en una cinta *colorada*, que dice: ¡terror, sangre, barbarie!

La especie humana ha dado, en todos los tiempos, este significado al color grana, *colorado*, púrpura: id a estudiar el Gobierno en los pueblos que ostentan este color, y hallaréis a Rosas y a Facundo: el terror, la barbarie, la sangre corriendo todos los días. En Marruecos, el Emperador tiene la singular prerrogativa de matar él mismo a los criminales.

Necesito detenerme sobre este punto. Toda civilización se expresa en trajes, y cada traje indica un sistema de ideas entero. ¿Por qué usamos hoy la *barba entera*? Por los estudios que se han hecho en estos tiempos sobre la Edad Media: la dirección dada a la literatura romántica se refleja en la moda. ¿Por qué varía ésta todos los días? Por la libertad del pensamiento europeo; fijad el pensamiento, esclavizado, y tendréis vestido invariable: así en Asia, donde el hombre vive bajo gobiernos como el de Rosas, lleva desde los tiempos de Abraham, vestido talar.

Hay aun más: cada civilización ha tenido su traje, y cada cambio en las ideas, cada revolución en las instituciones, un cambio en el vestir. Un traje, la civilización romana, otro, la Edad Media; el frac no principia en Europa sino después del renacimiento de las ciencias; la moda no la impone al mundo, sino la nación más civilizada; de frac vistén todos los pueblos cristianos, y cuando el sultán de Turquía, Abdul Medjil, quiere introducir la civilización europea en sus estados, deponen el turbante, el caftán y las bombachas, para vestir frac, pantalón y corbata.

Los argentinos saben la guerra obstinada que Facundo y Rosas han hecho

al frac y a la moda. El año de 1840, un grupo de mazorqueros rodea, en la obscuridad de la noche, a un individuo que iba con levita, por las calles de Buenos Aires. Los cuchillos están a dos dedos de su garganta. “—Soy Simón Pereira, exclama. — Señor, el que anda vestido así, se expone. — Por lo mismo me visto así; ¿quién sino yo anda con levita? Lo hago para que me conozcan desde lejos”. Este señor es primo y compañero de negocios de don Juan Manuel Rosas. Pero, para terminar las explicaciones que me propongo dar sobre el color *colorado* iniciado por Facundo, e ilustrar por sus símbolos, el carácter de la guerra civil, debo referir aquí la historia de la *cinta colorada*, que hoy sale ya a ostentarse afuera. En 1820, aparecieron en Buenos Aires, con Rosas, los *Colorados* de las Conchas; la campaña mandaba ese contingente. Rosas, veinte años después, reviste, al fin, la *ciudad de colorado*: casas, puertas, empapelados, vajillas, tapices, colgaduras, etc., etc. Últimamente, consagra este color oficialmente, y lo impone como una medida de Estado.

La historia de la cinta *colorada* es muy curiosa. Al principio, fue una divisa que adoptaron los entusiastas; mandóse después, llevarla a todos, para que *probare la uniformidad* de la opinión. Se descaba obedecer, pero al mudar de vestido, se olvidaba. La Policía vino en auxilio de la memoria: se distribuían mazorqueros por las calles, y sobre todo, en las puertas de los templos, y a la salida de las señoras, se distribuían, sin misericordia, zurriagazos con vergas de toro. Pero aún quedaba mucho por arreglar. ¿Llevaba uno la cinta negligentemente anudada? — ¡Vergazos!, era unitario. — ¿Llevaba vábala chica? — ¡Vergazos!, era unitario. ¿No la llevaba?, ¡degollado por contumaz! No paró ahí ni la solicitud del Gobierno ni la educación pública. No bastaba ser federal ni llevar la cinta, que era preciso, además, que ostentase el retrato del ilustre Restaurador<sup>13</sup> sobre el corazón, en señal de amor *intenso*, y los letteros “*mueran los salvajes inmundos unitarios*”. ¿Creería-se que con esto estaba terminada la obra de envilecer a un pueblo culto y hacerle renunciar a toda dignidad personal? ¡Ah!, todavía no estaba bien disciplinado. Amanecía una mañana, en una esquina de Buenos Aires, un figurón pintado en papel, con una cinta flotante de media vara. En el momento que alguno la veía, retrocedía despavorido, llevando por todas partes la alarma; entrábase en la primer tienda, y salía de allí, con una cinta flotante de media vara. Diez minutos después, toda la ciudad se presentaba en las calles, cada uno con su cinta flotante de media vara de largo. Aparte-cía otro día, otro figurón con una ligera alteración en la cinta: la misma maniobra. Si alguna señorita se olvidaba del moño *colorado*, la Policía le pegaba gratis uno en la cabeza ¡con brea derretida! ¡Así se ha conseguido uniformar la opinión! ¡Preguntad en toda la República Argentina, si hay uno que no sostenga y crea ser federal...! Ha sucedido mil veces, que un vecino ha salido a la puerta de su casa y visto barrida la parte frontera de la calle: al momento ha mandado barrer, le ha seguido su vecino, y en media hora, ha quedado barrida toda la calle entera, creyéndose que era una orden de la Policía. Un pulpero iza una bandera por llamar la atención; vélo

\* El señor Alberdi<sup>12</sup> me suministra este dato, tomado en su viaje a Italia. (Nota del autor).

vecino, y, temeroso de ser tachado de tardo por el gobernador, iza la vara, ízanla los del frente, ízanla en toda la calle, pasa a otras, y en un momento, queda empavesada Buenos Aires. La Policía se alarma, inquiera qué noticia tan fausta se ha recibido que ella ignora, sin embargo... ¡Y éste el pueblo que rendía a once mil ingleses en las calles y mandaba, después, cinco ejércitos por el continente americano a caza de españoles!

Es que el terror es una enfermedad del ánimo que aqueja a las poblaciones, como el cólera morbus, la viruela, la escarlatina. Nadie se libra, al fin, contagio. Y cuando se trabaja diez años consecutivos para inocularlo, resisten al fin, ni los ya vacunados. ¡No os riáis, pues, pueblos hispanoamericanos, al ver tanta degradación! ¡Mirad que sois españoles, y la Inquisición educó así a la España! Esta enfermedad la traemos en la sangre.

¡Volvamos a tomar el hilo de los hechos. Facundo entró triunfante en Tucumán, y regresó a La Rioja, pasados unos pocos días, sin cometer actos capaces de violencia y sin imponer contribuciones, porque la regularidad institucional de Rivadavia había formado una conciencia pública que no posible arrostrar de un golpe.

Facundo regresa a La Rioja; aunque enemigo de la Presidencia, Quiroga sabía qué decir fijamente sobre el motivo de esta oposición a la Presidencia, lo que es muy natural. El mismo no podría haberse dado cuenta de eso. "Yo no soy federal —decía siempre—, ¿que soy tonto?" "¿Sabe usted decía una vez a don Dalmacio Vélez" — por qué he hecho la guerra? r esto!" Y sacaba una onza de oro. Mentía Facundo.

Otras veces decía: "Carril,<sup>15</sup> gobernador de San Juan, me hizo un desaire, atendiendo mi recomendación por Carita, y me eché por eso en la oposición al Congreso". Mentía.

Los enemigos decían: "Tenía muchas acciones en la Casa de Moneda, y pusieron venderla al Gobierno Nacional en \$ 300.000. Rivadavia rechazó la propuesta, porque era un robo escandaloso; Facundo se alistó desde entonces entre sus enemigos". El hecho es cierto, pero no fue éste el motivo.

Facundo cedió a las sugerencias de Bustos e Ibarra, para oponerse; pero no un documento que acreditaba lo contrario. En carta que escribía al general Lamadrid, en 1832, le decía: "Cuando fui invitado por los muy nulos hijos Bustos e Ibarra, no considerándolos capaces de hacer oposición con derecho, al despoja Presidente don Bernardino Rivadavia, los desprecie; yo, habiéndome asegurado el edecán del finado Bustos, coronel don Manuel del Castillo, que usted estaba de acuerdo en este negocio y era el más interesado en él, no trepidé un momento en decidirme a arrostrar todo compromiso, contando únicamente con su espada, para esperar un desenlace... ¡Cuál fue mi chasco!, etc."

¿Era federal, ¿ni cómo había de serlo? Qué, ¿es necesario ser tan ignorante como un caudillo de campaña, para conocer la forma de gobierno que conviene a la República? ¿Cuanta menos instrucción tiene un hombre,

tanta más capacidad es la suya, para juzgar de las arduas cuestiones de la alta política? ¿Pensadores como López, como Ibarra, como Facundo, eran los que con sus estudios históricos, sociales, geográficos, filosóficos, legales, iban a resolver el problema de la conveniente organización de un Estado? ¡Eh!... Dejemos a un lado las palabras vanas con que, con tanta impudencia, se han burlado de los incautos. Facundo dijo contra el Gobierno que lo había mandado a Tucumán, por la misma razón que dio contra Aldao<sup>16</sup> que lo mandó a La Rioja. Se sentía fuerte y con voluntad de obrar; impulsábalo a ello un instinto ciego, indefinido, y obedecía a él; era el comandante de campaña, el *gauchito malo*, enemigo de la justicia civil, del orden civil, del hombre educado, del sabio, del frac, de la *ciudad*, en una palabra. La destrucción de todo esto le estaba encomendada de lo Alto, y no podía abandonar su misión.

Por este tiempo, una singular cuestión vino a complicar los negocios. En Buenos Aires, puerto de mar, residencia de diez y seis mil extranjeros,<sup>17</sup> el Gobierno propuso conceder a estos extranjeros, la libertad de cultos, y la parte más ilustrada del clero sostuvo y sancionó la ley: los conventos habían sido antes regularizados, y rentados los sacerdotes. En Buenos Aires este asunto no metió bulla, porque eran puntos éstos en que las opiniones estaban de acuerdo; las necesidades eran patentes. La cuestión de libertad de cultos es, en América, una cuestión de política y de economía. Quien dice libertad de cultos, dice inmigración europea y población. Tan no causó impresión en Buenos Aires, que Rosas no se ha atrevido a tocar nada de lo acordado entonces, y es preciso que sea un absurdo inconcebible aquello que Rosas no intente.

En las provincias, empero, ésta fue una cuestión de religión, de salvación y condenación eternas: ¡Imaginaos cómo la recibiría Córdoba! En Córdoba se levantó una inquisición. San Juan experimentó una sublevación *católica*, porque así se llamó el partido, para distinguirse de los *libertinos*, sus enemigos. Sofocada esta revolución en San Juan, sábase un día, que Facundo está a las puertas de la ciudad, con una bandera negra dividida por una cruz sanguinolenta, rodeada de este lema: *¡Religión o muerte!*

¿Recuerda el lector que he copiado de un manuscrito que Facundo *nunca se confesaba, no oía misa, ni rezaba, y que él mismo decía que no creía en nada?* Pues bien: el espíritu de partido aconsejó a un célebre predicador, llamarlo el *Enviado de Dios* e inducir a la muchedumbre, a seguir sus banderas. Cuando este mismo sacerdote abrió los ojos y se separó de la cruzada criminal que había predicado, Facundo decía que nada más sentía, que no haberlo a las manos, para darle seiscientos azotes.

Llegado a San Juan, los principales de la ciudad, los magistrados que no habían fugado, los sacerdotes, complacidos por aquel auxilio divino, salen a encontrarlo, y en una calle, forman dos largas filas. Facundo pasa sin mirarlos; síguenle a distancia, turbados, mirándose unos a otros en la común humillación, hasta que llegan al centro de un potrero de alfalfa, alojamien-

gado, temporalmente, de las Relaciones Exteriores,<sup>3</sup> depone, fusila, asesina a los gobernadores de las provincias que le hicieron el encargo. Revestido de la Suma del Poder público, en 1835, por sólo cinco años, en 1845 está revestido aún de aquel poder. Y nadie sería, hoy, tan candoroso, para esperar que lo deje, ni que el pueblo se atreva a pedirselo. Su gobierno es de por vida, y si la Providencia hubiese de consentir que muriese pacíficamente, como el doctor Francia, largos años de dolores y miserias aguardan a aquellos desgraciados pueblos, víctimas hoy del cansancio de un momento.

El 13 de abril de 1835 se recibió Rosas del gobierno, y su talante desembarazado y su aplomo en la ceremonia, no dejó de sorprender a los ilusos que habían creído tener un rato de diversión, al ver el desmaño y *gaucherie* del gaucho. Presentóse de casaca de general, desabotonada, que dejaba ver un chaleco amarillo de cotonía. Perdónenme los que no comprendan el espíritu de esta singular toilette, el que recuerde aquella circunstancia.

En fin, ya tiene el gobierno en sus manos. Haciendo ha muerto un mes antes; la ciudad se ha entregado a su discreción; el pueblo ha confirmado del modo más auténtico esta entrega de toda garantía y de toda institución. Es el Estado una tabla rasa, en que él va a escribir una cosa nueva, original; él es un poeta, un Platón que va a realizar su república ideal, según él ha concebido; es éste un trabajo que ha meditado veinte años, y que al fin puede dar a luz, sin que vengan a estorbar su realización, tradiciones envejecidas, preocupaciones de la época, plagios hechos a la Europa, garantías individuales, instituciones vigentes. Es un genio, en fin, que ha estado lamentando los errores de su siglo y preparándose para destruirlos de un golpe. Todo va a ser nuevo, obra de su ingenio: vamos a ver este portento.

De la Sala de Representantes, a donde ha ido a recibir el bastón, se retira en un coche colorado, mandado pintar ex profeso para el acto, al que están atados cordones de seda colorados y a los que se unen aquellos hombres que, desde 1833, han tenido la ciudad en continua alarma por sus atentados y su impunidad; llámanle la Sociedad Popular, y llevan el *pañal* a la cintura, chaleco *colorado* y una cinta *colorada*, en la que se lee: "Mueran los unitarios". En la puerta de su casa, le hacen guardia de honor estos mismos hombres; después acuden los ciudadanos, después los generales, porque es necesario hacer aquella manifestación de adhesión sin límites, a la persona del Restaurador.

Al día siguiente, aparece una proclama y una lista de proscripción, en la que entra uno de sus conuñados, el doctor Alsina. La proclama aquella, que es uno de los pocos escritos de Rosas, es un documento precioso que siento no tener a mano. Era un programa de su gobierno, sin disfraz, sin rodeos:

EL QUE NO ESTÁ CONMIGO ES MI ENEMIGO

Tal era el axioma de política consagrado en ella. Se anuncia que va a correr sangre, y tan sólo promete no atentar contra las propiedades. ¡Ay de los que provoquen su cólera!

Cuatro días después, la parroquia de San Francisco anuncia su intención de celebrar una misa y Te Deum, en acción de gracias al Todopoderoso, etc., invitando al vecindario a solemnizar, con su presencia, el acto. Las calles circunvecinas están empavesadas, alfombradas, tapizadas, decoradas. Es aquello un bazar oriental en que se ostentan tejidos de damasco, púrpura, oro y pedrerías, en decoraciones caprichosas. El pueblo llena las calles, los jóvenes acuden a la novedad, las señoras hacen de la parroquia, su paseo de la tarde. El Te Deum se posterga de un día a otro, y la agitación de la ciudad, el ir y venir, la excitación, la interrupción de todo trabajo dura cuatro, cinco días consecutivos. La *Gaceta* repite los más mínimos detalles de la espléndida función. Ocho días después, otra parroquia anuncia su Te Deum: los vecinos se proponen rivalizar en entusiasmo y obscurecer la pasada fiesta. ¡Qué lujo de decoraciones, qué ostentación de riquezas y adornos! El retrato del Restaurador está en la calle, en un dosel, en que los terciopelos *colorados* se mezclan con los galones y las cordonaduras de oro. Igual movimiento por más días aun; se vive en la calle, en la Parroquia privilegiada. Pocos días después, otra Parroquia, otra fiesta en otro barrio. Pero ¿hasta cuándo fiestas? ¿Qué, no se cansa este pueblo de espectáculos? ¿Qué entusiasmo es aquél, que no se resfría en un mes? ¿Por qué no hacen todas las Parroquias su función a un tiempo? No: es el entusiasmo sistemático, ordenado, administrado poco a poco. Un año después, todavía no han concluido las Parroquias de dar su fiesta; el vértigo *oficial* pasa de la ciudad a la campaña, y es cosa de nunca acabar. La *Gaceta* de la época está ahí, ocupada, año y medio, en describir fiestas federales. El *Retrato* se mezcla en todas ellas, tirado en un carro hecho para él, por los generales, las señoras, los federales *netos*. "Et le peuple, enchanté d'un tel spectacle, enthousiasmé du Te Deum, chanté moult bien a Nôtre-Dame, le peuple oubliant qu'il payait fort cher tout, et se retirait fort joyeux".\*

De las fiestas sale, al fin de año y medio, el color *colorado*, como insignia de adhesión a la *causa*; el retrato de Rosas, colocado en los altares primero, pasa después a ser parte del equipo de cada hombre, que debe llevarlo en el pecho, en señal de *amor intenso a la persona* del Restaurador. Por último, de entre estas fiestas, se desprende, al fin, la terrible Mazorca, cuerpo de policía entusiasta, federal, que tiene por encargo y oficio echar lavativas de ají y aguarrás a los descontentos, primero, y después, no bastando este tratamiento flogístico, degollar a aquellos que se les indique.

La América entera se ha burlado de aquellas famosas fiestas de Buenos Aires y mirádlas como el colmo de la degradación de un pueblo; pero yo no veo en ellas, sino un designio político, el más fecundo en resultados. ¿Cómo encarnar en una República que no conoció reyes jamás, la idea de la *personalidad* de gobierno? La cinta colorada es una materialización del terror que os acompaña a todas partes, en la calle, en el seno de la familia;

\**Chronique du moyen âge*.— Nota de la 1ª edición.